

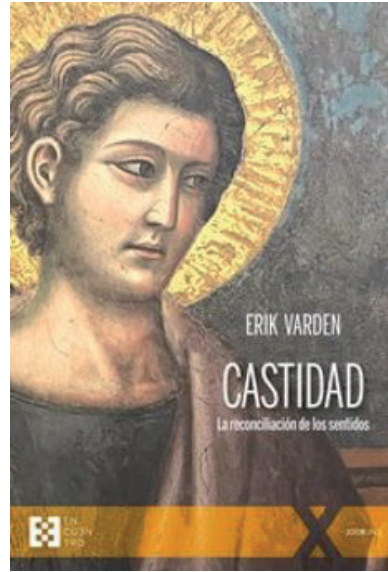
RESEÑAS

Varden, Erik. *Castidad. La reconciliación de los sentidos*. Edición y traducción de Carlos de Ezcurra. Madrid: Ediciones Encuentro, 2023. 172 pp.

Por suerte para los hispanohablantes, contamos con la traducción del último libro del prelado noruego de Trondheim, el monje trapense Erik Varden. Se trata de un libro corto, cuya lectura rápida y sencilla tiene que ser, a la par, atenta y meditada. En él su autor recurre principalmente a las Escrituras, al midrash de *La cueva de los tesoros* y a los *Dichos de los Padres del desierto*. A estas lecturas hay que añadir, además, las continuas referencias que hace Varden a la literatura, el cine o la ópera.

Sobe todo, llama la atención que el autor se haga cargo, a lo largo del todo el libro, del sentido etimológico de las palabras. Conforme vamos leyendo, nos encontramos con la explicación del origen de ciertos vocablos importantes y de sus equivalentes en otras lenguas. Y tal cosa ocurre, por supuesto, con la palabra que titula el libro.

La pregunta por el sentido de la palabra ‘castidad’ —con las connotaciones negativas que hoy tiene y a las que Varden alude— tiene su justificación vital en una desagradable anécdota. El autor cuenta en su libro que una vez se cruzó con una mujer que le escupió a la cara. Y esto no le pasó en cualquier parte del mundo, sino en Roma. Precisamente, le ocurrió cuando “los casos pasados de abuso sexual cometidos por miembros del clero, incluso monjes, aparecían con tanta frecuencia”, de modo que “la magnitud del abuso sexual en la Iglesia era reconocida cada vez más en toda Europa” (p. 10). La mujer que escupió a Erik Varden debía de estar al corriente de todo esto, viendo en él a uno más de esos monjes —uno quizá todavía inocente, pero potencialmente peligroso—. En efecto, según una idea caricaturesca —que Varden considera consolidada con la crisis de los abusos—, los monjes serían hombres sexualmente frustrados, mirones que representan “un voyerismo febril practicado al amparo de la oscuridad de la noche” (p. 118). Así, con este prejuicio, bastaba con ver a Varden para dar por supuesto —y en el peor de los sentidos— que el hábito hace al monje. Los sentimientos encontrados que el consagrado noruego confiesa en su libro eran de esperar. En sus propias palabras, “la vestimenta que representaba mis aspiraciones más nobles y gozosas me ponía en una suerte de simbólica continuidad con la comisión



BIBLIOGRAFÍA

de hechos que habían causado un daño inmenso, a veces irreparable”. Con razón, “era difícil (...) no interiorizar un sentimiento de culpa” (p. 10).

Para el prelado trapense, los abusos sexuales cometidos precisamente por personas célibes, que públicamente han hecho un voto de castidad, han terminado por desacreditar todo lo que esta palabra hoy en día significa. De hecho, como reconoce el autor, el término ya casi no alude más que a un ideal reaccionario, el cual no sólo resultaría inútil, sino también peligroso. Pero la cuestión es si la palabra se entiende bien. De ahí que resulte “crucial, entonces, tener una comprensión clara y bien fundada de lo que significa exactamente la castidad” (p. 11). Ante todo, Varden recuerda al lector que una cosa es el celibato y otra la castidad (cf. p. 9). No se excluyen, pero tampoco coinciden. Unos pocos, como los consagrados, se comprometen con lo primero; en cambio, la castidad es una virtud a la que todos estamos llamados.

Por tratarse de una virtud vivificante, “sólo es autentica la castidad que tiene algún vigor y energía” (p. 10). El acertado dinamismo con el que Varden entiende esta palabra se corresponde perfectamente con la índole de nuestra vida — siempre en movimiento hacia el futuro, siempre en busca de plenitud—. Con razón remite el autor al verbo transitivo ‘castificar’ antes que al sustantivo ‘castidad’ (cf. p. 27). El verbo señala una tarea que orienta nuestra vida por caminos de plenitud. En este punto, por cierto, remito a los lectores hispanohablantes a la filosofía de Ortega. Tengamos presente que nuestro pensador entendió la vida como un drama, pero en el sentido etimológico del término: la vida es lo que yo voy haciendo de ella; no es una cosa estática, sino un acontecimiento. Como solía repetir el filósofo, nuestra vida nos es dada, pero no nos es dada hecha, sino por hacer. Y este quehacer no puede, simplemente, definirse. Tiene que contarse.

Un cristiano reconocerá que todo esto es verdad, pero añadirá dos cosas: primero, que la vida recibida como tarea es un don de Dios; segundo, que la historia que de ella contamos es la historia de la salvación. Precisamente, así es como lo entiende Erik Varden. Por eso, el prelado trapense recurre a la Escritura para presentarnos la vida como “una narración, profundamente bíblica”, en la cual la castidad contribuye a realizar plenamente nuestra naturaleza (cf. p. 45). Según el autor, “si la historia de Adán es contada con tanto cuidado, es porque su historia es la nuestra. También nosotros debemos atravesar sus distintas etapas” (p. 43). Se trata, pues, de una alegoría de la vida humana, que habla simbólicamente de cada uno de nosotros. Así, Varden abandona las definiciones prolijas y nos propone hacer teología con imágenes. (cf. pp. 23, 33)

La idea central de nuestra historia es que somos imagen y semejanza de Dios: imagen formada, deformada, reformada y trasformada. Varden comenta estas etapas con la simbología de los atavíos. Según la versión siríaca del Salmo 8, 6, cuando Dios creó al hombre lo vistió de gloria y dignidad. Tras la caída, malamente trató de remediar su desnudez con las hojas de la higuera. Después, movido por la misericordia, Dios cubrió mejor al viejo Adán con pieles. Incluso más: prometió una túnica gloriosa para el nuevo Adán. Todo esto se resume para Varden en Rom 5, 12– 19, donde “San Pablo nos presenta, en forma narrativa, un conciso análisis del drama que relata el tercer capítulo del Génesis.” Es un drama con su principio y su final —y en medio estamos todos, sorteando las dificultades, asumiendo mejor o peor nuestra responsabilidad— (cf. p. 45).

Como queda claro en el libro, no le interesa a Erik Varden idealizar la libertad anárquica con la que seguiríamos cualesquiera de nuestros impulsos y apetencias (cf. p. 104). Basta leer las páginas que dedica al matrimonio, el cual “prefigura la realización escatológica de la vocación del hombre” (p. 96) —es decir, “ese Matrimonio del que el matrimonio terreno es una imagen”— (p. 100). En este sentido, la intimidad conyugal dirige los cuerpos y las mentes a la unión con Dios, y este “medio no debe confundirse con el fin” (p. 147). Los esposos, que se dan y se reciben mutuamente, han de vivir el matrimonio como una escuela del amor (cf. p. 102). La idea es alejarse de los tres peligros que enumera Varden: la intoxicación erótica, la violencia y la pornografía. (cf. pp. 82–91). Todo esto nos impide ser personas, si entendemos etimológicamente a la persona como *prosopon* (cf. pp. 60, 90). Así, se es persona viendo al otro sin cansarse, dejando que se vea en mi mirada, a la par que yo me veo a mí mismo en su pupila. En esta mirada inagotable, llena de esperanza, considera Varden que aparece el otro en su alteridad y en su condición futuriza, tal como está llamado a ser por Dios (cf. pp. 109, 145). En suma, mirar como mira Dios, llevar una vida contemplativa, eso lo que significa el epígrafe que abre el libro: *ubi amor, ubi oculus*.

Ahora bien, si es verdad que no somos un complejo de impulsos animales, a los que cedamos hasta desbocarnos, tampoco podemos decir que seamos ángeles, cosa que el prelado trapense niega (cf. pp. 101, 132). De esto justamente se acusa hoy en día al célibe, cuya castidad resulta mucho más difícil de comprender que la del laico. Y esta es la cuestión que más le interesa al autor. Él declara que escribe “como un hombre que ha hecho una promesa de vida célibe”, con las riquezas y los límites que esta perspectiva comporta (p. 25).

Desde este punto de vista, Erik Varden rastrea el origen de la comprensión errónea que él mismo tuvo acerca de la sexualidad. Por lo visto, la educación que recibió de adolescente estaba “cargada de presupuestos freudianos de segunda mano, mal comprendidos y peor aplicados” que “permeaban el paradigma interpretativo de moda” (p. 11). De acuerdo con estos parámetros, “todo anhelo, toda pena del alma, podía ser definida en estos términos [psicosexuales]”, de manera que “la búsqueda de un yo sexual equilibrado y sin complejos resultaba un prerrequisito para crecer, madurar y desarrollarse” (p. 12). En esta situación, al autor le angustiaba que su “despertar a la fe, que ocurría en ese momento, podría no ser sino una malsana sublimación” (p. 13). Por fortuna, con el tiempo, Varden se dio cuenta de que “el proceso funciona al revés”, de modo que “no tiene sentido atribuir una orientación autónoma al instinto sexual, como si se tratara de una fuerza naturalmente ordenadora destinada a orientar los demás aspectos de la personalidad hacia una unidad armoniosa” (p. 12). Por eso, el prelado noruego rechaza la idea de “una sublimación anémica” (p. 54). Varden no quiere hablar de ‘sublimación’, sino de ‘orientación’ (cf. pp. 121, 133). Para él, la “sublimación [es en] sí misma una fórmula desacertada y muy insultante para la misma carne” (cf. p. 111). Por ello, parece desentenderse de la contraposición conceptual entre ‘represión’ y ‘sublimación’. Él entiende por ‘castidad’, no la negación de la sexualidad, sino su educación consciente, que la reorienta por los caminos de la maduración y el florecimiento personal (cf. pp. 16–17). En este sentido, la castidad es una virtud que purifica, fomentando la integridad y el equilibrio. Aunque no nos armoniza sola. Al contrario, Varden subraya la unidad de la virtud

BIBLIOGRAFÍA

corporal cuando indica, por ejemplo, que la castidad y el ayuno van de la mano (cf. pp. 126, 144).

De todas maneras, es verdad que el autor tampoco examina en toda su amplitud los aciertos y errores de la teoría psicoanalítica y de su aplicación a la moral sexual cristiana de la castidad. Es una teoría que circula entre los consagrados y que a veces acapara demasiadas páginas (como las que Marciano Vidal dedica a la psicología sexual en *Moral de Actitudes*). Por ello, habría sido muy interesante un enfrentamiento más detenido con ella (por ejemplo, desde Max Scheler). En este sentido, los lectores más filosóficos se quedarán con ganas de más, si bien no hay que pedir al autor lo que no ha pretendido. Como Varden reconoce, su libro “no es un tratado, solo un ensayo” (p. 25). Con su publicación, tan sólo se ha propuesto expresar de forma comprensible aquello en lo que cree. Sobre todo, el fin del libro es acercarse al hombre occidental de hoy, tan secularizado. Y no para acomodarse a su mundo, sino para ser un signo de contradicción (cf. pp. 26, 105). Como en los primeros siglos, hoy hay un conflicto entre los valores del mundo y los de Cristo, por lo que la Iglesia tiene que reorientar nuestra existencia. Pero habrá de hacerlo como madre y maestra que es: de forma clara y exigente, sin condescender con el mal; pero también siendo dulce, tierna, paciente e indulgente (cf. pp. 73, 107).

Quisiera terminar volviendo al comienzo. Recordemos a la señora que escupió al autor de este libro. La verdadera respuesta a este ataque, para Varden, consiste en un compromiso leal con la castidad. ¡Pero para cumplirlo hay que entenderlo! (cf. pp. 11, 16). Por eso, el libro de Erik Varden no está de más. Responde a las exigencias de su propia vida y a los problemas de nuestra sociedad. Y la mejor manera de agradecérselo consistirá en que cumplamos nosotros también —en la teoría y en la práctica— con nuestra parte de responsabilidad, contribuyendo así con nuestros puntos de vista (cf. p. 25). Para ello, animo a leer el libro de Erik Varden como él pide que leamos *La cueva de los tesoros*: esperando lo inesperado. [David Antonio Yáñez]

Giménez González, Agustín. *María, mi madre: Corredentora, Mediadora, Abogada. El papel de María en la historia de la salvación desde la Biblia, la teología y la historia*. Madrid: Editorial Nueva Eva, 2024.

El título habla por sí mismo en lo que se refiere a la intención del autor, profesor de Sagrada Escritura de la Universidad Eclesiástica San Dámaso. Intitulado, *María, mi madre. Corredentora, Mediadora, Abogada. El papel de María en la historia de la salvación desde la Biblia, la teología y la historia*, el libro no es un tratado de mariología, sino un monográfico que aborda el tema específico de la colaboración de María en el plan salvífico. Los títulos marianos evocados ponen de manifiesto que el autor aboga por una mejor comprensión de los

